

Toda una vida juntos. Seis meses de silencio. Una última oportunidad.

LAS COSAS QUE NUNCA TE DIJE

ABBIE GREAVES

«Poderosa y emocionante.»

The Sun

«Te llevará adonde no
esperabas...» Jojo Moyes



ESPASA

ABBIE GREAVES

LAS COSAS QUE NUNCA TE DIJE

Traducción de Milo J. Krmpotić



Título original: *The Silent Treatment*

© Rafferty Writing Ltd, 2020

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-670-6136-9

Depósito legal: B. 20.949-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

No hay nada más inquietante que la sala de espera de un hospital. Las hileras de sillas de plástico con sus asientos tapizados de vinilo, rascados y agujereados; el zumbido sordo de la máquina expendedora, la inspiración colectiva cuando el médico de la Unidad de Cuidados Intensivos llega con alguna noticia (la mayoría de las veces, dirigida a otra persona)... Es como si cada uno de esos detalles estuviera pensado para mantenerte en tensión. Y eso es antes de que te pongas a dar vueltas a los motivos por los que estás ahí.

Maggie siempre decía que la paciencia era mi virtud, como si en nuestro matrimonio las cualidades positivas estuvieran repartidas entre los dos, lo mismo que las tareas domésticas. Aún la veo cuando esperaba un mensaje de texto o un correo electrónico o a un invitado, una rodilla agitándose nerviosa contra el sofá, y la otra inmovilizada bajo la mano con la que yo intentaba tranquilizarla. Tanta energía comprimida en una persona tan pequeña. A menudo me preguntaba cómo era posible que no se agotara ella sola, siempre preocupándose por todos y por todo. Nunca deseé que cambiara; sólo

quise asegurarme de que toda esa energía no le hiciera perder la cabeza hasta un extremo tal que ni siquiera yo pudiera dar con ella. Disfruté de cuarenta años de éxito en ese sentido, y aquí estamos. Nunca es demasiado tarde para modificar el curso de la historia.

Por encima de mi cabeza, el reloj suelta un tac especialmente sonoro al anunciar la hora. Que me tengan esperando durante tanto rato no puede ser una buena señal. Maggie sabría si es así. Tras cuatro décadas ejerciendo como enfermera, seguramente tendría bastante controlado incluso su propio diagnóstico. Eso y la cantidad enorme de dramas hospitalarios que consumía. «Una taquicardia espantosa —podía decirme con aplomo, sentados el uno al lado del otro en el sofá un sábado por la noche frente al episodio más reciente del serial de turno, mientras se estiraba sobre mí para coger el mando a distancia y corregir el volumen hasta igualarlo con el nivel de su propio comentario—. Qué lástima, un hombre tan joven y que de golpe se descubra tan enfermo... Es como si siempre pasara con ese tipo de sujetos urbanitas, ¿no crees? Es un estrés terrible el que deben de soportar a diario...»

—¿Profesor Hobbs? —Un médico está plantado delante de mí con la mano extendida.

—Sí, sí, soy yo —respondo mientras comienzo a levantarme del asiento.

Hay en este médico algo marcadamente eficiente, que irradia desde la raya engominada de su cabello y desciende hasta el brillo de sus zapatos. Incluso lleva la credencial prendida en una paralela perfecta respecto a la costura inferior del bolsillo de la camisa. De repente, me vuelvo muy consciente de mi propia apariencia y me paso una mano por el cabello.

—Soy el doctor Singh, el especialista a cargo del cuidado de su esposa. ¿Puede acompañarme, por favor?

Lo sigo más allá del juego doble de puertas, y durante un instante tengo la esperanza de que me lleve a ver a Maggie. En su lugar, me guía hasta una habitación lateral que hay delante de los boxes en los que se practican las extracciones de sangre, y siento que los últimos posos de mi fantasía se van por el desagüe. El médico se sienta delante del ordenador y con un gesto me indica que haga lo propio en la otra silla mientras enciende su equipo. A continuación, hojea la pila de papeles que hay sobre una de las esquinas de la mesa y el ventilador de pie a su espalda hace aletear los bordes de los documentos sueltos.

—Lo siento. Hoy hace un poco de calor, ¿eh? No sé cuándo va a acabar esto.

Me doy cuenta de que el médico se ha quedado corto en su apreciación por el sudor que comienza a acumularse bajo mis brazos. No tengo fuerzas ni para hacer un comentario poco entusiasta acerca del clima; me limito a bajar la vista y a mirarme los pies.

El ordenador despierta con un borboteo que oculta mi incomodidad. Tras un minuto o así, el doctor Singh suspira.

—Voy a ir al grano, profesor Hobbs. El pronóstico no es bueno. Cuando su esposa llegó, ayer por la noche, su sistema nervioso central estaba dejando de funcionar. Por suerte, los enfermeros de la ambulancia lograron estabilizar sus vías respiratorias, lo cual fue una proeza si tenemos en cuenta el rato que pudo haber pasado inconsciente antes de que la encontraran. Aun así, todavía es demasiado pronto para conocer los efectos que habrá

tenido en ella la falta de oxígeno. De momento está en un coma inducido. En cuanto nos hagamos una idea más clara del alcance del daño, podremos considerar todas las opciones. Con su aportación, por supuesto...

Es el pie para que yo diga algo. He dejado pasar bastantes a lo largo del último año, pero sigo sabiéndome de memoria las señales que lo acompañan: la interrogación en la ceja, la inclinación de la cabeza, el carraspeo impaciente... El médico se decanta por esta última.

—Profesor Hobbs, puedo entender lo difícil que esto es para usted, pero, por favor, tenga la seguridad de que vamos a hacer todo lo posible por su esposa. Mientras tanto, tiene recursos a su disposición. Nuestro equipo de asistencia familiar ha...

—No necesito asistencia familiar —le interrumpo, y mi voz brota más ronca de lo que recordaba, también más queda.

—Sí, bueno, profesor, coincido en que no es para todo el mundo. Veo en su ficha que ya lo habían derivado aquí, ¿es correcto? ¿Al equipo de asistencia? Y que no hubo un seguimiento por su parte...

Él levanta la mirada de la pantalla y yo me quito las gafas. Cojo uno de los faldones sueltos de la camisa y comienzo a frotar los cristales, aunque sin ninguna seguridad de que con ello la situación vaya a mejorar. Es una «maniobra de evasión», como lo llamaba siempre Maggie. Y tenía razón.

—Mire, no me corresponde a mí decirle lo que debe hacer. No puedo obligarlo a que los vea. Es sólo que, bueno, téngalo presente, profesor. Están aquí, a su disposición, las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Vemos situaciones como ésta más a menudo

de lo que usted pueda creer, y han recibido una formación especial. Lo más importante es que sepa que no está solo.

Qué ironía. Es exactamente así. Estoy solo. Más solo que nunca. Más solo incluso que antes de conocer a Maggie, porque ¿cómo vas a saber lo que se siente de verdad al estar solo si antes no te has sentido lleno?

—Como le comentaba, en este punto no podemos hacer mucho, más allá de observar los progresos de la señora Hobbs, así que le aconsejamos que vuelva a casa en algún momento para dormir un poco o comer algo. Pero antes, si lo desea, podemos llevarlo a ver a su esposa.

—Sí —murmuro—. Sí, sí, necesito verla.

—Profesor, estoy seguro de que no hace falta que se lo repita, pero es algo que hacemos con todos los familiares: su esposa se encuentra en un estado muy delicado. Por favor, no se alarme ante su aspecto y, si tiene preguntas de cualquier tipo, no dude en comunicármelas a mí o a alguna de las enfermeras. De momento la tenemos en una habitación individual, pero hay un montón de personal a su alrededor por si surge algún problema.

El médico comienza a ponerse en pie y yo lo imito, demasiado consciente de que hoy en día me cuesta un poco más hacerlo, pero no quiero atraer su atención hacia mis sesenta y siete años más de lo estrictamente necesario. ¿Se dan antes por vencidos si creen que uno es demasiado viejo? ¿Si no hay un número suficiente de niños afligidos junto a tu cama? Por el bien de Maggie, espero que no.

Acompaño al médico al exterior, desfilamos junto a los heridos que guardan cola de pie por un pasillo lleno de sillas de ruedas abandonadas y personal apurado y

agobiado, que debe hacer frente a la interminable complejidad del contacto visual con los familiares de los enfermos. Me pregunto qué otras familias le están dando la bienvenida hoy a su peor pesadilla. Los boxes encortinados no tardan en desaparecer, y el médico pasa la tarjeta para que entremos en la Unidad de Cuidados Intensivos. Al otro lado hay una serie de puertas, cada una de ellas con un picaporte metálico.

Maggie se encuentra detrás de una de esas puertas. Lo percibo en la manera en que el doctor Singh reduce la marcha, levanta la mano para asegurarse de que lleva el busca, mira a derecha e izquierda. Deseo decir «no», sujetarle los brazos a los lados y hacer que se quede completamente quieto. Pero ¿qué diferencia representaría eso a la larga? No puedo librarme para siempre de plantarle cara a lo que he hecho. Intento meterme la camisa en los pantalones lo mejor que puedo y, a continuación, hundo las manos en lo más profundo de los bolsillos para que dejen de temblar.

Se oye un ligero clic cuando él empuja la puerta con ambas manos para abrirla. Entra y la mantiene abierta para mí, sólo que mis hombros son más anchos de lo que ha calculado y se da un momento embarazoso en el que, para seguirlo, tengo que ponerme de lado y agachar la cabeza a la vez, y aun así me las arreglo para golpearme contra la parte superior del marco de la puerta. Nunca le he cogido el tranquillo a esto de ser la persona más alta de cualquier habitación.

Al principio, en la penumbra de la estancia, cuesta distinguir a Maggie. Está en una cama alta rodeada de un arsenal de maquinaria que emite ruidos sordos. Resulta difícil creer que su vida dependa ahora de un arti-

lugar no muy distinto al deshumidificador que yo solía bajar jadeando del desván, siguiendo las instrucciones de Maggie, para que pasara su tradicional periodo invernal en el sótano. Me acerco a ella y, mientras mis ojos se acostumbran a la media luz, siento que me falta el aliento. Mi espiración sale en forma de un gemido grave que sin duda despierta la preocupación del médico.

—Profesor, lo siento muchísimo.

—¿Puedo tocarla? —pregunto sin prestar atención a su disculpa, acercándome lentamente a Maggie.

—Sí, no debería de pasar nada. Una de las enfermeras vendrá en breve para explicarle un poco más acerca de las rutinas que se han implantado. Ellas son las más indicadas para contarle los detalles del cuidado diario de la señora Hobbs. Bueno, permítame que les deje un rato de intimidad.

Durante un segundo, me siento como si fuéramos de nuevo una pareja de recién casados y los dueños del hostel se estuvieran batiendo rápidamente en retirada, como si tuviéramos intención de saltar el uno sobre el otro antes incluso de que la puerta se cerrara del todo. Daría cualquier cosa con tal de volver a estar allí: Maggie, salvaje e impulsiva; yo, estirado y torpe y, pese a todo, de algún modo, siempre suficiente para ella.

Aquí parece más pequeña, apoyada sobre esas horribles almohadas de hospital. Sus manos reposan sobre la sábana, tan delicadas como siempre, con la cánula empujada en sus venas prominentes y su piel fina como el papel. No hay ninguna silla junto a la cama. Es evidente que no esperan que me quede. ¿Cómo voy a dejarla aquí? Si se despertara se asustaría tanto... Por la situación, sin duda, pero aún más por no tener a nadie con

quien hablar, a nadie con quien compartir sus observaciones y todo cuanto se le ocurriera al abrir los ojos. Sé que le he fallado. Soy consciente de que durante los últimos meses ha necesitado mucho más que una caja de resonancia muda.

Cuando la toco ahora, muy despacio, como si intentara no espantar a un gato asustadizo del barrio, siento la calidez de su mano. Es tan horriblemente antinatural... Incluso en las más calurosas tardes de verano siempre pude contar con que Maggie me pusiera un par de manos heladas sobre la frente tras regresar a casa en bicicleta. Me he pasado la vida entera acudiendo a su llamada para ejercer de guante humano y devolverle la circulación a sus palmas. ¿Y ahora esto? Nos necesitábamos el uno al otro. Pero fue más que eso: nos escogimos el uno al otro, nos quisimos el uno al otro... Uno nunca sabe lo bien que le hace sentir algo hasta que se lo arrebatan.

Oigo unos pasos que se arrastran a mi espalda. Me vuelvo con suavidad, sin interrumpir el contacto con Maggie. Ha llegado la enfermera, y las fundas de plástico azul que le cubren los zapatos suenan con un frufrú sobre el suelo mientras ella anota las lecturas de las pantallas que hay al fondo de la habitación. No tengo ni idea del tiempo que lleva aquí, pero se ha dado cuenta de que me volvía y tengo la sensación de que quizá la han mandado para que me eche un vistazo.

—Puedo traerle una silla, si quiere —me ofrece con un acento de Yorkshire cálido y reconfortante—. No puede irle bien estar de pie tanto rato.

Es evidente que es joven. No debe de superar los... ¿cuántos, veinticinco? Tiene esa clase de encanto sencillo que Maggie mostró siempre, capaz de iluminar y ali-

gerar una habitación a la vez. Eso me devuelve de golpe a cuarenta años atrás, a la llovizna y las farolas callejeras y la interpretación beoda de *Good King Wenceslas* que prestó banda sonora a nuestro primer encuentro.

—¿Se la traigo? —insiste la enfermera, interrumpiendo mi paseo por la avenida de los recuerdos—. De veras que no es ninguna molestia, se lo prometo.

—Sí, se lo agradecería.

Durante la mayor parte de las últimas veinticuatro horas he mantenido la compostura, pero ese mero acto de bondad humana hace que me sienta preparado para perder el control. La enfermera no tarda en regresar, e incluso se toma la molestia de abrirme la silla plegable. De repente, me siento como si fuera el invitado de honor en el pícnic más desagradable de mi vida.

—¿Cómo se llama? —le pregunto sin molestarme en intentar descifrar su credencial en la penumbra y, de paso, sin correr el riesgo de escudriñar el escote de otra mujer junto al lecho de mi esposa.

—Daisy —responde—. Pero, aunque lleve nombre de flor, debo admitir que no soy tan delicada.

Intento sonreír. Es como si toda la parte inferior de mi cara se resquebrajara con el esfuerzo.

—Lo siento, de veras que lamento ver esto —se disculpa Daisy al darse cuenta de que las comisuras de mis labios comienzan a descender.

Durante un minuto, quizá más, los dos observamos a Maggie y la reglamentada eficacia con que su pecho asciende y desciende, los labios ligeramente separados, como si se hallaran en un estado de rendición permanente. Nada de todo esto tiene que ver con ella. La disciplina, la quietud, el alboroto de enfermeras encargadas

de proporcionar esa bondad que Maggie se pasó una vida desplegando y por la que acabó siendo castigada.

—Puede hablar con ella, ¿lo sabe? —dice Daisy—. Esto está tan silencioso que a menudo la gente tiene miedo de hablar en voz alta. Pero debe sobreponerse a él. Deje que su esposa escuche su voz.

Trago saliva. Me pregunto qué diría Daisy si lo supiera. Parece muy madura para su edad, y estoy seguro de que ha visto una cantidad desproporcionada de sufrimiento en este trabajo. Aun así, ¿lo entendería?

Pienso en el día en que me falló la voz por primera vez. Me encontraba tan cerca de confesar lo que había hecho... Vi sus consecuencias expuestas ante mí y el sentimiento de culpa fue tan puro, tan abrumador, que supe que debía contárselo a Maggie. Tenía las palabras en la punta de la lengua, o al menos eso creí. Me mentalicé mientras subía de puntillas las escaleras, camino de nuestra habitación.

Entonces giré la esquina y la vi en la penumbra, haciendo un esfuerzo para incorporarse y alcanzar el vaso de agua que tenía en la mesilla de noche, una sombra de lo que solía ser, y supe que no podía arriesgarme a provocarle un mayor sufrimiento que el que había experimentado ya. Apenas aguantaba; no podía darle más malas noticias. No podía decirle lo que tenía que decirle, no si ello implicaba que se viera obligada a dejarme. Viví cada uno de los días sin poder hablar, en ese silencio, con la misma culpa, con la misma vergüenza abrasadora. Me estaba asfixiando a mí mismo, pero de algún modo cualquier cosa era mejor que contarle a Maggie lo que había hecho y perderla así para siempre.

Daisy se aclara la garganta ligeramente para hacerme volver a la habitación.

—No soy médico, no me malinterprete, pero puedo contarle lo que he visto, y a veces una voz familiar acaba logrando mucho más que todos estos tubos. El paciente puede oír lo que se le dice. Le recuerda todas las cosas buenas por las que tiene que despertarse. Se estimula la recuperación, ¿sabe?

No, no lo sé, pero asiento con la cabeza de todos modos. Me doy cuenta de lo mucho que le importa Maggie, aunque sea una más en su extensa lista de pacientes. Daisy tiene los dedos grandes, largos y gruesos, pero los mueve con ternura mientras estira sobre el cuello de Maggie la tela que los tubos habían fruncido. Es el tipo de gesto que sé que Maggie habría apreciado.

—Podría contarle las novedades —apunta Daisy—. Es probable que tenga un montón de cosas que decirle tras el día que ha pasado. O quizá tenga algo en la cabeza que quiera compartir con ella.

—Bueno, ciertamente lo tengo. —Mi intento por sonar desenfadado sale tal y como en realidad es: forzado y avergonzado.

—¿Cómo? No le he oído. Está balbuceando —dice Daisy mientras apunta una última lectura del monitor que está al lado de Maggie, y a continuación cierra su libreta.

—Lo siento... Sí, hay algo que necesito contarle. Algo importante. No sé por qué no se lo he dicho antes.

Me quedo tan corto con esa frase que mis propias palabras me aplastan. Aprieto el puño con fuerza contra los labios y me obligo a mirar a Maggie a la cara. ¿Cómo no me di cuenta de lo minúscula y frágil que se había vuelto? Siempre ha sido pequeña, unos buenos treinta centímetros menos que yo. El primer invierno que pasa-

mos juntos, no me entraba en la cabeza la cantidad de jerséis con que tenía que cubrir su diminuta complexión simplemente para moverse por el apartamento que habíamos alquilado. La escasa fiabilidad de la calefacción central no ayudó, y Maggie se ponía a saltar de un pie al otro como una instructora de aeróbic mientras yo aporreaba los botones del armario de la caldera sin resultado alguno. Aprendí muy pronto que ella llevaba su propia calidez allí donde iba.

—Éste no es el momento de que sea duro consigo mismo. Haga que Maggie se acomode a usted. Ojo, no se lo suelte todo de golpe... No querrá asustarla, no de buenas a primeras. Intente mantenerse positivo. Recuérdele que la ama. Háblele de todas esas ocasiones en que se lo demostró.

Daisy, que debe de haber leído el pánico en mi expresión de ojos desorbitados, me coloca una mano sobre el hombro. Es una presión sutil que alisa las arrugas de mi camisa de algodón.

—No lo piense demasiado. Sólo hable con ella. No deje que se le escape este momento.